

Lo que esconden los objetos

Artículos propios

JULIO PAREDES

Alfaguara, Bogotá, 2011, 214 págs.

AUNQUE LA prevalencia de la novela en los estantes de las librerías es apabullante, no por ello los lectores acostumbrados a escudriñar en los anaqueles verdaderas joyas nos cansamos o desistimos de la idea de encontrar buenos libros de cuentos. En Colombia, muchos de los mejores escritores actuales iniciaron su carrera con un volumen de cuentos. Se supone también dentro del gremio que esos primeros pasos tarde o temprano desembocarán en una primera novela. De esta forma se cree que lo fácil, el cuento, se escribe primero; ya cuando el escritor madura podrá enfrentarse a la novela. Sin embargo, una de las reputadas voces colombianas en el género del cuento, el escritor bogotano Julio Paredes, lo considera una falacia.

Paredes, en uno de los capítulos de la serie Letras Urbanas, que salió al aire por el canal de televisión pública Señal Colombia, y que cualquier lector curioso podrá encontrar en internet, hace referencia a dicha falacia, y lo dice convencido de que el cuento es una narración más compleja que la novela, debe ser más precisa; en otras palabras, debe ser un arquitecto sagaz y lúcido para lograr construir un mundo en pocas páginas. Claro, no todos los cuentistas opinan igual, pues para la escritora norteamericana Flannery O'Connor el cuento era una de las expresiones más naturales que tiene el ser humano.

La virtud de la mayoría de cuentos del libro *Artículos propios*, de Julio Paredes, es que configuran mundos complejos en poco espacio. Y, fiel además a los grandes cuentistas, logra lo que le pedía el escritor peruano Julio Ramón Ribeyro a un buen cuento: “debe partir de situaciones en las que el o los personajes viven un conflicto que los obliga a tomar una decisión que pone en juego su destino”.

Lo que sorprende de este libro es el hecho de que su autor, un hombre, se atreve a mutar su género desde la ficción para narrar. Son voces femeninas

contando sus historias de desamores, soledad, recordando pasados tal vez mejores, añorando manos cálidas que las arroje una noche fría. Trece cuentos donde ellas exponen sus vivencias alrededor del amor, pues muchas lo están descubriendo, otras lo vivieron y poseen recuerdos tormentosos de lo que algún día fue y hoy solo son imágenes borrosas. Y la pregunta que tal vez algunos lectores le harían a Julio Paredes no se le escapa tampoco a quien lo entrevista en Señal Colombia: ¿serán creíbles esas voces femeninas sabiendo que el narrador es un hombre? Paredes simplemente responde: los lectores juzgarán si acertó.

La unidad de *Artículos propios* es evidente, pues estamos hablando de objetos o “artículos” que son parte de la vida cotidiana de muchas personas. Objetos que cargan un sentimiento específico, llevan reminiscencias de un olor, una vida, sirvieron para alegrar los momentos muertos del diario vivir, como la televisión, o pertenecían a una madre, como una pañoleta. Una máquina de escribir usada que viene de Europa, y en la que un hombre trabaja incansablemente para recuperar y dejarla como nueva. Pulseras, cruces, andamios, cada título de cuento genera una expectativa desde el principio, porque es innegable que pensamos en la importancia del objeto, lo que puede representar.

En un texto que el escritor norteamericano Raymond Carver tituló “Escribir un cuento” puede corroborarse esto que menciono anteriormente:

Tanto en la poesía como en la narración breve, es posible hablar de lugares comunes y de cosas usadas comúnmente con un lenguaje claro, y dotar a esos objetos —una silla, la cortina de una ventana, un tenedor, una piedra, un pendiente de mujer— con los atributos de lo inmenso, con un poder renovado.

¿La botella es el claro deseo de una mujer borrar su soledad en un cuartucho de hotel? Efectivamente. ¿La cruz es el signo de un padecimiento en silencio de una mujer en su matrimonio? Asimismo. ¿Y un andamio servirá para crear una obra de arte, donde los ángeles tendrán el rostro de una bella adolescente? Así será. Por ello, en el libro hay una clara intención del autor:

enlazar historias donde las protagonistas sean mujeres y los objetos jueguen un papel metafórico que representará estados de ánimo, decadencia, anhelos perdidos, el deseo de parecernos a alguien, etc.

El primer cuento se titula “La pañoleta”, y es el único que contiene un elemento de ciencia ficción, pues asistimos a la narración de una niña que cuenta cómo su madre, luego de un show de magia en un circo, no regresó nunca al público donde la esperaban. Más tarde su padre le confesará, sin mayores aspavientos, lo que sucedió, y ella reaccionará: “Temblé cuando me tomó la barbilla y entonces confesó que por un auténtico e irreversible acto de magia la mamá saltó a una orilla inalcanzable para el limitado mundo nuestro” [pág. 26].

En “La máquina” hay una historia muy bella de cómo dos mujeres, una abuela, Ruth, y otra que puede estar por los 30 años, Sandra, logran encontrar compañía, aunque la más joven desde un inicio muestra cierta reticencia a entablar una amistad más seria con la abuela y vecina de edificio. Finalmente Sandra acepta una comida donde Ruth y entablarán una conversación donde esta última le contará la historia de la máquina de escribir Corona 4 que pronto le regalará. Como la vida amorosa de Sandra en ese instante es realmente aburridora, será el momento justo para asombrarse por lo que suscita en ella haber estado compartiendo con Ruth: “Sandra se sintió contenta. Igual, la sorprendió que un intercambio tan sencillo entre dos mujeres pudiera disipar un panorama que, de otra forma, se vería opacado por un súbito desánimo” [pág. 34].

Como amante de la novela negra, Julio Paredes escribió un libro sobre Georges Simenon, *Cinco tardes con Simenon*, de la serie “Literatura o muerte”, de Editorial Norma. En *Artículos propios*, asimismo, habrá cabida para el género policíaco y por ello existe el cuento “El reloj”, sobre un hombre que muere en extrañas circunstancias al interior de un hotel. Otro relato conmovedor es “El anillo”, pues logra crear un impacto profundo en el lector narrando esos momentos estremeceadores cuando, luego de varios años, nos reencontramos con personas queridas y vemos cómo, por alguna enferme-

CUENTO		RESEÑAS
<p>dad o grandes vicisitudes en la vida, se han deteriorado. Una mujer, poetisa entre otras cosas, se reencuentra con su antigua profesora en Santa Marta, quien ha sufrido un déficit cerebral que la llevó a vagar por varios años, primero perdida en la periferia de Bogotá, luego en otros departamentos. Un cuento que habla sobre lo que puede llegar a pesar la locura en nuestras vidas, sin recordar siquiera quiénes somos y qué hacemos pisando una tierra totalmente desconocida.</p> <p>Llama la atención igualmente “El andamio”, que cuenta la historia de una adolescente que termina posando para un pintor en una iglesia, pues necesita recrear una escena de una historia antigua. Es el despertar sexual de Beatriz, una joven que apenas empieza a salir sola por las calles de Bogotá, aventurándose a observar y sentir la ciudad. Se encuentra en una iglesia con este pintor, un hombre mayor, que la atrae y que, aunque se muestra cautelosa, finalmente no verá nada corrupto en posar para él, pues solo desea observar su rostro para plasmarlo en la cara de un ángel. “Lo que pasa es que en el cuadro aparece un ángel y usted me hizo pensar en esa figura” [pág. 194], es el escaso piropo que el hombre le lanza a Beatriz.</p> <p>Uno de los cuentos que no convence es “La linterna”, que narra la aventura de una mujer batiéndose en la noche con una jauría de perros. La chica en Bogotá, siendo estudiante universitaria, solía enfrentar las noches del centro de la ciudad después de noches excesivas de baile y alcohol. La escena es en una zona rural, un camino muy pronto a una finca. Ella ha dejado su coche varado a la orilla de la carretera, y decide emprender una caminata para que alguien la ayude en la casa que se encuentra a poco menos de 20 minutos. Sin embargo, luego de crear un ambiente de tensión, donde Amalia, la protagonista, debe decidir en pocos segundos lo que hará para no ser atacada por varios perros, pareciera perder fuerza la narración porque un supuesto carro es lo que ahuyenta a los perros. En definitiva, no hay una resolución convincente. Después de crear una atmósfera atractiva, pierde el lector el interés debido a la forma en que el autor decide cerrar el cuento. Y, retomando de nuevo los conceptos</p>	<p>de Ribeyro, sabemos que “si el lector no acepta el desenlace, el cuento ha fallado”.</p> <p>Igualmente, “La pulsera” es un cuento que puede pasar desapercibido en este volumen, porque aun cuando tiene cierto nivel de tensión, el desenlace no convence. “La foto”, en cambio, que es la historia que cierra el libro, solo tiene dos páginas y es contundente revelando la significación de una foto en una relación de pareja, sobre todo cuando esta se extravió en algún rincón y el autor enlaza dicho acontecimiento con la separación de los protagonistas.</p> <p>Es importante recalcar que uno de los grandes valores que tienen los buenos cuentos es que toman una fracción, una pequeña parte de la vida de un personaje, un momento preciso y decisivo en esa vida llena de momentos vacíos y sin sentido, y exalta esa vivencia, la eleva de tal forma que lo que acontece es crucial, nos llena de pavor, de miedo, de esperanza; en fin, el buen cuentista será aquél capaz de, lupa en mano, extraer con una pinza esa parte importante y contarla de la mejor manera. Allí entonces la maestría comienza: ubicar lo que deseamos contar, y elegir la forma. Si acertamos en esos detalles, probablemente sea un cuento memorable. Eso lo tiene claro Julio Paredes, y lo aplica de forma exigente en sus cuentos, no solo del libro <i>Artículos Propios</i>, sino de libros como <i>Guía para extraviados</i> o, más recientemente, <i>Escena en un bosque</i>, editado en mayo de 2011 por Panamericana.</p> <p>Es reconfortante encontrarse con un libro de cuentos estructurado, pues da cuenta de que el cuento colombiano está más vivo que nunca. Además, como bien lo decía al inicio de este artículo, cuando lo que más publican las editoriales –comerciales e independientes– son novelas, hay que darse el gusto leyendo historias bien contadas, locales, que retratan tan bien al género femenino. Paredes es un hombre que recorre mucho las calles de Bogotá, sobre todo las del centro, donde transcurrió parte de su niñez. El autor deambula, observa atento, escucha, pues, como él mismo asevera, puede encontrar una escena, el inicio de un cuento o el cierre perfecto cada que hace un paseo por la ciudad que lo vio nacer. En ese trabajo de campo está el éxito de este cuentista, que no</p>	<p>se atemoriza sino que convierte el hablar sobre el universo de las mujeres en todo un reto.</p> <p style="text-align: right;">José Ignacio Escobar</p>